

Una breve oda a la memoria

Puerto amor. Pequeño charco arrasado por el calor y la tristeza

ANDREA ROCHA

El Lobo Está en el Bosque, Bogotá,

2018, 38 pp.

A ESTE libro, el primero de la periodista e investigadora bogotana Andrea Rocha, solo se me ocurre asignarle un defecto: ser muy corto. Sé bien que corro el riesgo de equivocarme, pues su brevedad es de hecho una de sus mayores virtudes. En esta acertada edición de la colección Suspendelviaje, la editorial independiente El Lobo Está en el Bosque deja un punto muy alto con un objeto impecable, una joya para aquellos que disfrutamos de la nostalgia que dejan en la atmósfera las viejas fotografías llenas de secretos familiares. Se trata de una obra integral, con una notable ejecución de diseño editorial, que nos brinda un resultado novedoso a nivel visual y resalta en un mar de libros uniformes. La caja tipográfica, el manejo de los colores y las fotografías familiares de la autora construyen una atmósfera etérea para la lectura que resulta en todo momento acertada y en consonancia con la propuesta narrativa de *Puerto amor*.

A lo anterior es importante agregar que la belleza de este libro no se limita al aspecto paratextual, sino que en el interior de sus páginas habita una narración de altísima calidad literaria con imágenes cuidadosamente elaboradas por la autora. En este texto, que podríamos denominar de frontera —entre la autobiografía y la ficción, la poesía y la prosa, el sueño y la vigilia, la tibieza del pueblo y la parquedad de la ciudad—, nos encontramos con una historia construida por fragmentos en la que circulan temas como la familia, el amor, la política, la infancia y la feminidad, hilados con toda delicadeza en el lienzo de un ambiente intimista que, no obstante, trasciende el espacio de la escritura del yo.

Así, la autora nos hace pensar, por ejemplo, en las consecuencias insospechadas de la política en nuestra vida cotidiana y familiar, reflejadas incluso en el nombre que llevamos y en los vínculos que establecemos a

nivel interpersonal. En las relaciones que tejemos con las mujeres de nuestra familia y con el recuerdo de aquellas a quienes ya solo podremos conocer a través de fotos y anécdotas que se transmiten entre conversaciones y murmullos en cocinas, patios y alcobas. En los primeros amores que palidecen con el paso del tiempo y mueren “como pájaros de invierno” (p. 32). En el trasegar de las familias del campo a la ciudad y el regreso, siempre inevitable, a los espacios de la infancia.

Estamos ante una historia que se la juega por la reelaboración de la memoria en un sentido muy importante pero poco abordado: el que va de lo general a lo personal y más íntimo, de afuera hacia dentro. Mucho se habla de la memoria como algo colectivo, pero poco de la manera en que nos construimos subjetivamente a través de ella, y este es un aporte remarcable que, además, se materializa en tan solo 38 páginas. Una memoria que toma como escenario la nostalgia del pasado proyectándola al futuro; una apuesta estética y ontológica pertinente no solo a nivel literario sino histórico y político, dadas las condiciones actuales de un país como el nuestro, ávido de nuevas formas de reapropiarnos y resignificar la vida a partir de los hechos del pasado y la recomposición de la memoria.

En *Puerto amor*, cada palabra parece escogida de manera minuciosa, como si Andrea Rocha se sentara junto a sus lectores en la penumbra del salón de una vieja casona a desempolvar la memoria a través del álbum familiar que descansa en su regazo, acompañada por el vapor de un chocolate caliente, para hacernos partícipes de este ejercicio de genealogía fragmentaria. Cada página, diagramada en una caja tipográfica estrecha, simula la sensación de asomarnos por una ventana en medio del azul de la noche de la memoria, el color predominante en el diseño general del libro, “como quien espera la llegada de alguien sin saber quién” (p. 17). Por supuesto se trata de una lectura muy breve, en el sentido estricto de lectura como comprensión del código en la página, pero al cerrar el libro queda en el aire la reflexión de animal rumiante, el coletazo de lo que el álbum familiar de la autora evoca y el deseo de ir a hurgar en el propio.

Con estos elementos, Rocha construye una captura de imagen página por página, presentando en aparente desorden su álbum familiar y mostrando con sutileza las introspecciones que inspiran en ella cada una de las fotografías; por aquí la bisabuela, la abuela, luego la madre, la amante de su tío, la narradora... Otro de sus logros consiste en mostrar, con una sutileza que sin embargo no carece de potencia, las imposibilidades e inquietudes de lo femenino que transitan entre generaciones:

Un día llegué y empecé a ocuparme de los espacios sagrados. Tiré las sábanas viejas y manchadas de tinta. Compré ollas, plantas, ropa, espejos, perfumes. Miré cuidadosamente los álbumes de fotos y empecé a imitar aquellos gestos que sabía que podían enamorarlo. Escuché sus historias todas las noches. Rompí con las costumbres puritanas con las que me había criado. Aprendí a desayunar en la cama, a bañarme con la puerta abierta, a dormir desnuda. Lo que hasta hacía poco había pertenecido a otra mujer lo convertí en algo mío. Los recuerdos, las bromas, la tristeza. Solo un gato fue testigo de mi esfuerzo por dejar de ser invisible en una casa inundada de fantasmas (p. 33).

Como afirma Vivian Gornick, es posible decir mucho, pero aquello que habita en lo *no dicho* es lo realmente sustancial, pues resulta imposible de capturar en la concreción de las palabras. Esa es la gran lección que nos deja Andrea Rocha con este hermoso texto: en un universo literario en el que proliferan quienes se dejan arrastrar por la corriente de la comodidad de la descripción repleta de adjetivos y la anécdota sin justificación, una obra tan sutil como *Puerto amor* es una brisa fresca que se cuela sin mayor esfuerzo por nuestras ventanas.

Lina Rojas Camargo